

Raúl Arué y Ma. Gabriela Córdoba
(comp.)

PRÁCTICAS SOCIALES

Identidad, ciudadanía
y diversidad cultural.

Raúl Arué y María Gabriela Córdoba
Compiladores

**Prácticas sociales:
identidad, ciudadanía y
diversidad cultural**

Universidad Nacional de Tucumán

UNIVERSIDAD NACIONAL DE TUCUMÁN

RECTOR

Ing. José García

VICERRECTOR

Ing. Sergio Pagani

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

DECANO

Prof. Sergio O. Robin

VICE DECANA

Mg. Nélide A. Sibaldi

SECRETARIA ACADÉMICA

Prof. Irene Josefina Lanzi

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES

DIRECTORA ACADÉMICA

Dra. Elena Victoria Acevedo

COORDINADOR

Daniel Ferullo

INTEGRANTES DEL CONSEJO DE REDACCIÓN

Lic. María Eugenia Bestani

Mg. Ana María Blunda Grubert

Dra. Alejandra del Castillo

Prof. Sandra Faedda

Dra. Catalina Hynes

Dra. Valeria Mozzoni

Mg. María del Huerto Ragonesi

Dra. Ana Isabel Rivas

Prof. Sonia Marta Saracho

Prof. Fabián Silva Molina

Lic. Liliana Noemí Soraire

Prácticas sociales: identidad, ciudadanía y diversidad cultural/ Arué, Raúl Luis; Córdoba, María Gabriela... [et al]; compilado por Arué, Raúl y Córdoba, María Gabriela.
Universidad Nacional de Tucumán, Octubre de 2022.
ISBN: 978-987-754-312-4

Índice

Prefacio 9

Primera Parte:

Identidad de género, representaciones y prácticas sociales 21

La implicación de los padres en los cuidados.
Representaciones y prácticas de varones tucumanos .. 23
María Gabriela Córdoba

Problematizar el amor romántico. La prevención de la violencia de género en el trabajo con adolescentes varones en el marco de la Educación Sexual Integral ... 45
María Cristina Garat

Consumo problemático de sustancias en mujeres 61
María del Pilar Colombres Garmendia

Segunda Parte:

Identidad cultural e identidad lingüística..... 75

Algunas aproximaciones al Concepto de Identidad..... 77
Zulma Alicia Segura

Representaciones en la Educación Permanente de Jóvenes y Adultos (EPJA)..... 85
Silvana Noemí Medina

Criollismo hispánico en el contexto de las reemergencias étnicas en Santiago del Estero: a propósito del libro “Campo Gallo en el Desierto verde” de Luciano Riso Patrón 93
Pablo Concha Merlo

Reflexiones sobre la Pericia Social en clave de Interseccionalidad 117

Implementación de la Educación Intercultural Bilingüe y sus implicancias en la Identidad Originaria. Un Estudio de Caso en el Nivel Primario de Escuela “Claudia Vélez de Cano” (Amaicha Del Valle, Tucumán)	139
<i>Agustina María Guzmán</i>	

Tercera Parte:

Cartografías. Prácticas profesionales y cuidados. 159

La cartografía como herramienta de investigación	161
--	-----

Gregorio Herranz

Producción del Cuidado en Trabajo Social	183
--	-----

Gregorio Herranz

Cartografías o el espacio topológico como integración entre teoría e investigación social.....	209
--	-----

Gregorio Herranz y Raúl Arué

30 años en la Universidad Pública. Desafíos para la Formación Disciplinar de la Licenciatura en Trabajo Social	223
--	-----

Elizabeth del Carmen Lobo

Los aportes del Programa de Externación Asistida y Acompañamiento Comunitario (PEAyAC) en el abordaje de las personas en situación de consumo problemático de sustancias psicoactivas. Rol e intervención desde el Trabajo Social.....	245
--	-----

Emilse Ivana Sandoval

Cuarta Parte:

Prácticas docentes, representaciones y ciudadanía. . 259

Pedagogía Liberadora y Educación Universitaria. Revisitando el legado de Freire desde el proyecto político académico de la Licenciatura en Trabajo Social – FFy L – UNT	261
---	-----

María Cecilia Nacusse

La educación en disputa: “Círculo de lectura” como propuesta de enseñanza y aprendizaje contra hegemónica.	273
<i>María Inés Sosa</i>	
Contribuciones al análisis crítico de las clases en la educación superior.	287
<i>Raúl Arué</i>	
Prácticas pedagógicas en Pandemia (des) iguales	309
<i>Claudia Montoya y Emilse Sandoval</i>	
La clase virtual como heterotopía.....	323
<i>Raúl Arué, María Cristina Garat</i>	
Sobre lxs Autorxs.....	347

Criollismo hispánico en el contexto de las reemergencias étnicas en Santiago del Estero: a propósito del libro “Campo Gallo en el Desierto verde” de Luciano Riso Patrón

Pablo Concha Merlo

Resumen

El presente trabajo analiza las transformaciones del discurso criollista blanco-hispánico en el ámbito del Departamento Alberdi, ubicado al noreste de la provincia argentina de Santiago del Estero. Para ello analizo el libro *Campo Gallo en el desierto verde*, publicado por Luciano Riso Patrón en el año 2012. El artículo aquí presentado argumenta, por un lado, que el criollismo hispánico es una de las múltiples versiones del criollismo a nivel local, cuya principal característica es que niega rotundamente las relaciones entre los actuales pobladores y los grupos indígena presuntamente extintos. Por otro, que el texto de Riso Patrón constituye un intento de sistematizar y de traducir su registro oral en uno escrito, como parte de una estrategia para impugnar los procesos de reemergencia indígena en el departamento.

Introducción

Comencé mi trabajo de campo en abril de 2014 en el departamento Alberdi, ubicado al noreste de la provincia argentina de Santiago del Estero. Como la gran mayoría de los investigadores que arribaron a esta zona desde los años noventa a esta parte, mi trabajo estuvo motivado por comprender los procesos que habían dado lugar al surgimiento de organizaciones sociales de distinta envergadura y más específicamente al Movimiento Campesino de Santiago del Estero- Vía Campesina (En adelante, MOCASE-VC). Como documentan dichos trabajos,

estos procesos estuvieron movilizados principalmente por conflictos territoriales cuyas intensidades se habían multiplicado exponencialmente desde los años ochenta hasta las primeras dos décadas del nuevo siglo, generando que amplios sectores del mundo rural se encolumnaran tras la identidad política “campesino”. Además, desde la primera década de los dos mil, junto a la identidad política “campesina”, distintas organizaciones –entre ellas el MOCASE-VC— impulsaron procesos de reconocimiento étnicos en grupos indígenas que se consideraban “extintos desde la colonia” por parte de los imaginarios históricos nacionales y provinciales.

Conforme a lo anterior, resulta notorio que los conflictos territoriales fueron un caldo de cultivo para nuevas *identidades* políticas (Segato, 2002) apropiadas de modos muy diversos por aquellos actores que componían las complejas redes de sociabilidad inscriptas como “movimientos sociales agrarios” en la literatura sociológica contemporánea. Ahora bien, la experiencia de campo entre 2014 y 2018 me mostró que estas identidades emergentes, cuyas lógicas podían ser pensadas desde transformaciones a escala global desde los setenta en adelante, venían a hibridarse, anexarse, co-existir o entrar en conflicto con un trasfondo de diferencias y relieves identitarios que le preceden históricamente (Concha Merlo, Discursos de aboriginalidad entre los lules vilela del MOCASE, 2021)

En este sentido, mi dialogo con los habitantes de la región en cuestión fue revelando la existencia de una cartografía identitaria local desarrollada a comienzos del siglo XX que distinguía entre “criollos”, “gringos” y “turcos” a las personas que componían el espacio social cotidiano (Concha Merlo, 2021). La identidad cultural criolla era, por cierto, aquella a la que adherían la mayoría de los habitantes del mundo campesino y muchos de quienes vivían en pequeños pueblos como Campo Gallo, la cabecera departamental de Alberdi. Pero el sentido atribuido a la misma variaba notablemente dependiendo de interpretaciones distantes e incluso enfrentadas de lo que implicaba ser criollo: de un lado, un discurso que

establecía una visión hispanista-blanca y, por otro, un conjunto heterogéneo de visiones para las cuales ser criollo era sinónimo de ser mestizo.

El presente artículo describe y analiza la perspectiva blanco-hispánica y su rea-activación en el contexto actual como una estrategia orientada a impugnar los procesos de reemergencia indígena y los movimientos sociales que los motorizan. Lo hace tomando como objeto de análisis el libro titulado “Campo Gallo en el Desierto verde” publicado por Luciano Risso Patrón en el año 2012.

Desde la perspectiva metodológica, el artículo recorta algunos aspectos puntuales trabajados en la etnografía presentada como tesis doctoral en octubre del 2019, producto de un proceso de investigación iniciado en 2014. En este sentido, se parte de un enfoque etnográfico (Rockwell, 2009) que articula técnicas de campo y trabajo de archivo.

1. Criollismos y procesos políticos en Argentina

En el curso de la última década, la categoría identitaria “criollo” comenzó a ser problematizada desde la Historia y la Antropología. Con ello se puso en discusión una identidad histórica fuertemente sedimentada, mediante la cual se representaba de modo unificado a múltiples y heterogéneos colectivos no blancos de origen rural. En Antropología, la reemergencia (Rodríguez L. , 2008) de etnias consideradas extintas en diferentes provincias argentinas, avivó el interés por la composición histórica de sectores populares rurales en la larga duración (Escolar, 2007; Grosso, 2008; Rodríguez M. , 2017). Estos estudios etnográficos analizaron cómo actores subalternos de esas provincias declaradas “sin indios desde la colonia”, sin embargo, fueron alternativamente blanqueados o marcados en sus diferencias “indias”, mediante discursos que establecían discontinuidades o continuidades entre “criollos” actuales y grupos étnicos precolombinos. En una sintonía similar, producciones provenientes de la historiografía (Chamosa, 2012; Adamovsky, 2012; Adamovsky, 2014) aportaron desnaturalizando la idea

—o ideología— fuertemente arraigada durante el siglo XX, de que la identidad “criolla” remitía en esencia a un sujeto verdaderamente argentino nacido del mestizaje colonial blanqueador. Por el contrario, evidenciaron que se trataba de una invención discursiva contemporánea que proveyó de imaginarios ambiguos a distintos proyectos políticos durante el siglo anterior. Una particularidad de estas perspectivas historiográficas fue que analizaron las dinámicas de producción, circulación y recepción de discursos “criollistas” desde fines del XIX en Argentina introduciendo la cuestión de las marcas fenotípicas racializadas como variable interpretativa en un país que se percibía a sí mismo como no-racista.

Como sostiene Adamovsky (2014) través de la escuela y medios masivos de comunicación, sectores populares de origen rural se encontraron a comienzo de siglo siendo codificados mediante una etiqueta de connotaciones ambiguas. Y, posiblemente, la confusión se convirtió en una poderosa arma que permitía disimular orígenes para quienes podían mimetizarse con prescripciones sociales, políticas, culturales y estéticas atribuidas al ser “criollo”. Al reconocerse y ser cooptados por este imaginario identitario, ingresaban al panteón nacional por una especie de “puerta de servicio”, que los acogía marginalmente al interior de un orden simbólico dominante, dotándolos de una membresía liminal, inestable y hasta provisoria en tanto que efectivamente se los percibía inferiores racial y moralmente respecto a extranjeros de origen europeo. De idéntica manera, en el plano material, fueron compulsivamente incorporados en las últimas capas de la sociedad salarial —cuando eran retribuidos— luego de que muchos de ellos fueran despojados de sus tierras en los lugares de origen. En definitiva, ser reconocido como “criollo” significaba, entre fines del XIX y comienzos del XX, tener un estatus mayor que el indio, pero considerablemente inferior que el resto de los segmentos sociales que componían el país.

Desde un punto de vista simbólico, la acogida del “criollo” fue creciendo en intensidad luego de que el

movimiento folclórico (Chamosa, 2012) –desarrollado con la impronta de la generación del Centenario– reivindicara su estatus como parte de un nacionalismo cultural conservador, convirtiéndolo en emblema y símbolo de autenticidad litúrgica. Este movimiento discursivo de amplio espectro, que en principio fue promovido y financiado por elites provinciales –en el marco de una disputa con las elites porteñas respecto a recursos estatales capaces de subvencionar distintos sectores de la economía nacional—, fue el puntapié para una inversión simbólica del estatus negativo condensados bajo el mote “criollo”. No obstante, dicha inversión simbólica fue solidaria con discursos identitarios que tendían a generar representaciones blanqueadas del “criollo” acentuando la idea de un gaucho blanco y de origen español forjado durante la colonia. En décadas posteriores, también el peronismo abrevó de estas corrientes nacionalistas que idealizaban al “criollo” aunque tematizando muy marginalmente las diferencias fenotípicas y acentuando las “espirituales”, dado que el movimiento aglutinaba sectores obreros de orígenes heterogéneos (Adamovsky, 2014).

Según Adamovsky (2014) a mediados del siglo XX, el criollismo y la identidad “criolla” se habían instalado definitivamente entre sectores populares, dotándoles de repertorios tópicos a través de los cuales podían imaginarse como parte de un pasado idílico anterior al arribo de los extranjeros, al cual añoraban y restauraban mediante distintas prácticas folclóricas. Esta afiliación a un discurso fuertemente idealizado quizás permitía mitigar el hecho de membresías fácticas de baja intensidad basadas en aspectos culturales y fenotípicos fuertemente racializados a partir de los cuales los segmentos “criollos” eran aproximados a quienes, por cierto, conformaban el afuera constitutivo en un imaginario nacional blanco, europeo y civilizado, a saber, el “indio salvaje” de la frontera. Actores a los cuales el Estado argentino convirtió en enemigo por antonomasia desde el último cuarto de siglo XIX, cuando se iniciaron los procesos de conquista de los “desiertos” interiores del Chaco y la Patagonia.

En la actualidad, el desarrollo de estas perspectivas críticas permite la relectura de las relaciones sociales tomando como variable de análisis la “raza” o más puntualmente los procesos de racialización o blanqueamiento a partir de coyunturas históricas particulares, evitando, de este modo, la adopción de lógicas históricas a priori. Como sostiene Hall (1980), entender este fenómeno consiste en comprender cuales son las condiciones históricas a partir de las cuales las diferencias perceptuales entre grupos con diferentes características se tornan significantes socialmente activos en la construcción de desigualdades y qué intensidades adquieren en una determinada formación social. En lo siguiente, el artículo analiza cómo se formó una matriz identitaria estereotipada y particularmente racializada (Hall, 1980) en el marco de transformaciones históricas que propiciaron procesos de diferenciación y estratificación en el chaco santiaguense.

En el artículo se analiza la recepción y re-invenición del discurso identitario criollo en un espacio rural y marginal de Santiago del Estero como el Departamento Alberdi. Ponemos de relieve el proceso de articulación entre estos relatos impulsados por sectores hegemónicos y la experiencia histórica de colectivos subalternos. Entre estas experiencias destacan particularmente los procesos fronterizos y las narrativas referidas a la “conquista del desierto”.

2. La “conquista del desierto” y discursos identitarios criollos en Alberdi

Había indios. Pero claro, con el tiempo los indios, algunos se civilizaron porque no eran tan salvajes, digamos así. (...) Para acá, no muy lejos, hay un lugar que se llama El Fortín, y ahí es donde vivían los indios. Allá, no sé cuántos kilómetros desde aquí, es Pozo del Toba. Ahí dicen que vivían los indios tobas (...) Yo cuando entendí, todavía existía (...). Y yo conocí un hombre que había sido el primer poblador que ha venido ahí. Y cuando el vino, dice que estaban los indios todavía. Pero

claro, él no sé cómo hizo para poder entrevistarse con ellos, para que no lo maten a él. Entonces él se quedó ahí y después los indios se fueron... los familiares de mi papa, cuando en aquel tiempo, no sé quién era presidente, mandaba el regimiento para que maten los indios. Y al que le tocaba el servicio, digamos de aquí, de Santiago, los mandaban a todos al Fortín para que vengan ahí. Entonces peleaban con los indios, y los mataban. Yo por eso sabía, porque mi papá me contaba que le contaba el padre de él, o el abuelo de él, le contaba la historia. Los mataban a los indios. Los amontonaban, después les echaban leña arriba y les prendían fuego. (2012, Grupo de Memoria Histórica MOCASE-VC, p. 19).

Desde la década del cuarenta del siglo XX, distintos maestros-escritores, folcloristas y antropólogos han relevado entre los pobladores de la zona un conjunto de narrativas ligadas al proceso migratorio interdepartamental por el cuál sus antepasados llegaron hasta Campo Gallo –cabecera del departamento Alberdi—y los parajes que rodean a dicho pueblo. Dichos relatos señalan que el lugar en el que actualmente viven constituía un “desierto” y que fueron sus antepasados quienes lo “conquistaron”. Así, podemos decir que la “conquista del desierto” es una expresión que inscribe un proceso migratorio acontecido en las primeras décadas del siglo XX, que culminó con la ocupación de las tierras a dónde vivían mis interlocutores. Ahora bien, quienes llevaron a cabo dicho proceso de ocupación eran, en su mayoría, pobladores fronterizos ubicados en regiones próximas al río Salado. Para poder caracterizar a tales sujetos es necesario remitirnos al proceso y el tipo de formación de frontera del cual estos sujetos eran producto.

Es que, desde el periodo colonial, el río Salado devino en el límite formal que dividía el mundo civilizado del Chaco Gualamba (Farberman, 2005). Más allá de este cauce se erigía una geografía solitaria y desconocida para las elites provinciales, inscrita en las cartografías

de la época bajo el signo del vacío. Una *tierra incognitae* imposible de mapear (Wright, 2008). En parte, debido a que conformaba un océano inconmensurable de bosques espesos e impenetrables extendiéndose sin solución de continuidad. Pero también, un espacio salvaje, caótico y disolvente, habitado por indios ingobernables y paisanos incivilizados (Gordillo, 2018; Concha Merlo, 2019) En palabras de los sectores dominantes, un *desierto*: vivido como inexpugnable y diabólico (Wright, 2008), temido por su poderío para hacer retroceder cualquier atisbo civilizatorio.

Si bien los conflictos fronterizos perduraron algunas centurias, durante la segunda mitad del siglo XIX, estas geografías comenzaron a ser asaltadas por el Ejército nacional y milicias provinciales, y décadas después devinieron zonas conquistadas por el capital extractivo (Trincheró, 2000). Como sucedió a escala nacional, empezó a gestarse una estrategia geopolítica de acumulación por desposesión y una gran cantidad de territorios antes disputados por población fronteriza e indígenas fueron acaparadas por elites provinciales y capitales foráneos. Del mismo modo, una parte importante de la población local indígena y paisanos fronterizos, fue convertida en mano de obra barata para los diferentes capitales que se sucedieron en adelante mediante mecanismos coercitivos (Tasso, 2007). Si los indígenas rebeldes de la región eran categorizados como seres salvajes, los paisanos fronterizos eran descriptos como “mestizos” y “puros”, “indios mansos” (Concha Merlo, 2021).

Entre los actuales habitantes de la región que pueden identificarse como “criollos” se encuentra una importante heterogeneidad de ascendencias, las cuales dan cuenta de la pluralidad de actores que comparecieron en este proceso: algunos descendientes directos de las etnias consideradas enemigas, otros paisanos fronterizos de ascendencia indígena incierta —muchos de los cuales eran obligados a actuar como soldados en los conflictos fronterizos—, por último, descendientes de estancieros o ganaderos foráneos que se instalaron en la región entre fines del periodo colonial y comienzos de la era

republicana (Bilbao). Hacia fines del siglo XIX, los registros parroquiales—que todavía clasificaban a las personas por su color— mostraban un variopinto mosaico que incluía blancos, rubios, cobrizos, trigüeños, pardos y morenos. Por su parte, las memorias descriptivas de fines del siglo XIX de Gancedo (1885) y Fazio (1889) evidencian que, si bien existía un estrato ganadero importante en la zona (Bilbao, 1964), una gran cantidad de habitantes combinaba el trabajo como jornalero con prácticas de subsistencia de origen pre-hispánico: caza, recolección, pesca, agricultura de bañado (Concha Merlo, 2019).

A pesar de la heterogeneidad de ascendencias y las múltiples formas en las cuales puede ser narrada la historia indígena de la región, un relato hegemónico narra la extinción de los “indios” algún tiempo antes de que arribaran a la región quienes actualmente habitan el territorio, ya sea por haber sido asesinados o corridos. Junto a esta *glosa del desierto* también se describe a estos los colectivos originarios como “salvajes”, “incivilizados” y lindantes con la animalidad. Ambos elementos se aúnan en un imaginario histórico cuyo efecto es discontinuar las posibles identidades de los pobladores actuales con el mundo indígena. No obstante, como evidencia el epígrafe, se trata de un discurso que deja ver sus fallas y ambigüedades cada vez que alguien lo pone en práctica.

3. Campo Gallo en el desierto verde

Una de las estrategias utilizada en el proceso de elaboración de mi tesis doctoral consistió en la búsqueda de producciones culturales escritas por habitantes de la zona. Todas ellas dejaban traslucir múltiples convergencias y divergencias en sus interpretaciones referidas a la relación de los actuales pobladores con los pueblos indígenas presuntamente “extintos”. De esta manera, dichos textos abogaban por interpretaciones sumamente diferenciadas respecto a los orígenes y la identidad criolla.

Mientras recorría el pueblo de Campo Gallo en busca de información sobre su historia, una maestra de ciencias sociales me prestó un pequeño libro titulado

Campo Gallo en el desierto verde (Risso Patrón 2012) que ella utilizaba para dar clases, escrito por un “sabio”²⁰ del pueblo en 2012. Este libro tenía algunos datos históricos sumamente importantes respecto a los sucesos que dieron lugar al surgimiento de Campo Gallo, dado que eran el resultado de un proceso de investigación. Pero, a su vez, el texto evidenciaba una marcada posición político-ideológica respecto a quienes eran los actuales pobladores del departamento y cuáles eran sus orígenes.

Durante mi trabajo de campo entre el pueblo y los parajes me había encontrado con algunos pobladores que sostenían un discurso difuso y fragmentario, tendiente a discontinuar la relación entre el mundo indígena ya extinto y el mundo de sus antepasados, a los cuales describían como “blancos” y descendientes de “españoles”. Como señalé con anterioridad no era la única interpretación posible, pero sí una fuertemente arraigada entre los criollos-campesinos que tenían un mayor estatus económico por dedicarse a la cría y comercialización de vacas. Esta posición político-ideológica era la sostenida por el libro de Risso Patrón.

No obstante, *Campo Gallo en el desierto verde* (Risso Patrón 2012) me permitió acceder a una versión coherente y sistematizada del criollismo-hispánico, una elaborada forma de imaginación histórica, a diferencia de los elementos fragmentario en los discursos orales de muchos de los actores con quienes había conversado hasta ese momento. Por otra parte, el hecho de que este libro fuera usado por las maestras del pueblo para enseñar “la verdadera historia de Campo Gallo”, como me dijo una de ellas en una entrevista, ponía de relieve que las disputas por los orígenes del pueblo y su gente resultaba un tema sumamente controvertido y que existían disputas por imponer sentidos a nivel local como “verdaderos” en

20 Risso Patrón es autodidacta. Como la gran mayoría de los locales que provienen de los parajes, no completó la escuela primaria, habiéndola abandonado en sexto grado. Sin embargo, en Campo Gallo es considerado un “sabio”.

relación a otros sentidos presuntamente “falsos”. Es decir, no sólo existían disputas, sino también una intención de hegemonizar y subordinar otras interpretaciones al interior de un campo disputado de posiciones.

Campo Gallo en el desierto verde (Risso Patrón 2012) constituye una objetivación por escrito de un esquema histórico ya presente. En otras palabras, se trata de una construcción del pasado que ha sido armada con lógicas temporales y supuestos con una fuerte presencia en el mundo local. A partir de estas lógicas temporales, donde el principal acontecimiento es la migración hacia el “desierto”, se inserta la figura idealizada de quien sería el fundador del pueblo Campo Gallo, Juan Camilo Gallo. A diferencia de otras historias orales y escritas que utilizan el mismo esquema histórico como marco de sentido común, las cuales suelen ser fragmentarias y ambiguas en algunos aspectos, la historia de Camilo Gallo tiene la particularidad de ser presentada con perfiles hispánicos más definidos y pulidos.

El libro se estructura a través de tres cortes temporales representados cada uno por un capítulo del libro y una serie de acontecimientos: “El desierto verde y los aborígenes”, “Los criollos y la colonización” y “La depredación del bosque” (que refiere al periodo obrajero). En este trabajo solo se hará referencia a los dos primeros cortes y la transición planteada por el autor entre ambos momentos.

El primero de ellos, titulado “El desierto verde y los aborígenes”, inicia con una narrativa general de la relación entre indígenas y conquistadores españoles en la región chaqueña, refiriendo a experiencias históricas como mercedes, encomiendas y misiones eclesiales. Todas estas instituciones, si bien habrían civilizado algunas etnias chaqueñas, también fueron resistidas y escamoteadas por parte de parcialidades que recurrentemente atacaban la frontera. Según narra Risso Patrón, las guerras nacionales llevaron a desatender los conflictos fronterizos hasta fines del siglo XIX, cuando finalmente el gobierno nacional intervino:

Paulatinamente se fueron reforzando las guardias de los fortines y creándose nuevas fortificaciones, sobre todo en los pasos o cruces del Salado, custodiados por la Guardia de Fronteras durante el periodo de Ibarra y los Taboada, para impedirles el ingreso a los campos santafecinos y también el aprovisionamiento de agua, con lo que se los obligaba a retroceder cada vez más hacia territorio chaqueño para asentarse y adquirir hábitos sedentarios (...) las fortificaciones fueron dando lugar a asentamientos de colonos, que al formar nuevas poblaciones contribuyeron a ampliar el terreno santiagueño (...) El poblamiento que se iba extendiendo, apoyado por las fuerzas militares (...) fue transformando el espacio geográfico que originalmente era dominio de los grupos chaqueños (...) la propuesta laboral organizada, sistematizada, que se les ofreció a los aborígenes ya sometidos, tuvo su cuota de rechazo, pagada con sangre (Risso Patrón 2012: 18-19)

Ahora bien, esta historia de exterminio, que Risso Patrón describe como *una resistencia “pagada con sangre”* por parte de las tribus chaqueñas, fue acometida por el Ejército que se había situado a las orillas del Salado, donde luego se asentaron los “colonos” que terminarían formando parte de la “conquista del desierto”. Con el término “colono”, el autor pretende poner de relieve un hecho bastante puntual: los que arribaron a esa frontera del río Salado, para exterminar a los indígenas, eran de origen español.

“Los criollos y la colonización” constituye el segundo capítulo, cuyas primeras líneas describen un contexto situado a fines del XIX y comienzos del XX:

Al haberse logrado cierta seguridad en esta región de nuestro país, comenzó a manifestarse una tendencia colonizadora desde las provincias vecinas al Gran Chaco (...) desde el Salado, ganaderos santiagueños se internaron

el semidesconocido y hostil Chaco Gualámba (...) Los “criollos”, hijos de los aventureros europeos, incursionaban en los espacios vacíos, convalidando con su presencia el derecho a la propiedad (ídem: 31)

Según Risso Patrón, estos sujetos que a fines del XIX *comenzaron a construir un país* (ídem: 33) avanzaron desde las orillas del río Salado hacia el hostil y semidesconocido Chaco Gualámba. No eran ya “colonos” o “colonizadores” europeos, sino descendientes de estos “aventureros europeos”, a los que denomina “criollos”. En su reconstrucción, estos asentamientos fueron alentados por la Comandancia de Fronteras con la promesa de que el territorio ocupado sería luego entregado como propiedad; según la memorias locales ampliamente difundidas –y mitificadas— esta institución está relacionada a la figura de Antonino Taboada, que aparece en el libro repetidas veces estableciendo una continuidad entre quienes arribaron a estas zonas a fines del siglo XIX y quien fuera uno de los líderes de la elite hacendada que hegemonizó el poder en Santiago desde mediados del XIX hasta 1875.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, la familia Taboada lideró a la elite hacendada del Salado que dominó la escena económica provincial desde comienzos del XIX hasta su caída en 1875, producto de la intervención del Estado Nacional, durante la presidencia de Avellaneda. Se trata de una familia hacendada con un importante desarrollo ganadero ubicado en los departamentos de la frontera. Antonino Taboada tuvo a su cargo la organización militar de la provincia y un rol importantísimo en el armado de las defensas fronterizas desde 1851 en adelante. Este trabajo de construcción de milicias le permitió acaparar tierras a las elites provinciales y utilizarlas para la producción ganadera. La heterogénea población de subalternos de esta región fronteriza, fue forzada a convertirse en fuerza de trabajo en las estancias y milicianos en los fortines de la frontera.

Es en ese contexto, reconstruido a través de fuentes escritas y orales, que se inserta la figura de Juan Camilo Gallo (sobre el cual no se ha encontrado referencia alguna), fundador del pueblo, quien habría sido parte de las milicias de Antonino Taboada. En una especie de operación metonímica los caracteres del personaje mítico o de imaginación histórica van dando indicios a los pobladores locales sobre sus “orígenes” y la estirpe de la que descienden. Se trataría de un poderoso hacendado que partió desde Ahí Veremos, en la ribera del Salado, trazando la picada que los llevaría al actual Campo Gallo:

La impenetrabilidad del bosque sólo podía ser vencida por la decisión y el esfuerzo. Había que llegar hasta la zona de extensos pastizales, a una distancia aproximada de veinte leguas, aun a riesgo de encontrarse con cazadores aborígenes. En aquellos tiempos de coraje, esfuerzo e ingenio, Juan Camilo Gallo y sus amigos aceptaron el desafío de adentrarse en el “desierto verde”, hasta llegar al lugar que a partir de entonces se conocería como Campo de los Gallo. (Ídem: 32).

Dos elementos caben destacar de este fragmento: en primer lugar, la presencia de “cazadores aborígenes” en un lugar presuntamente desierto. En segundo, las características del Juan Camilo Gallo. Respecto de los indígenas y cómo he señalado anteriormente, las pretensiones de que se trataba de un lugar deshabitado se encuentran limitadas en el mismo discurso, aunque en este texto de Risso Patrón y en los distintos testimonios ya presentados no sean vividas como contradictorias. Afirmar la inexistencia de humanos en este espacio “desierto”, al mismo tiempo que se señala la presencia de “cazadores aborígenes”, responde a un discurso de negación e invisibilización que ha sido estudiado para contextos similares (Trincheró 2007; Wright 2008); en este caso el mismo es matizado por explicaciones ad hoc como las que formuló el autor del libro en una entrevista que le realicé, advirtiendo que el hecho de que ingresaran indígenas a cazar no los convertía en dueños de la tierra sino en actores que la transitaban sin permanencia definitiva,

dada la condición de nómades. Pero lo cierto es que tanto las etnias indígenas como muchos de los pobladores mestizos de la zona subsistían de la caza/recolección y se movilizaban de un lugar a otro del Chaco en virtud de los cambios estacionales.

Por otra parte, Riso Patrón señaló en reiteradas oportunidades que en otras épocas muy lejanas habría existido población permanente al interior del Chaco Gualámba, presentando como evidencia las tinajas y “tejas” frecuentemente encontrados en la zona. Estos restos arqueológicos se localizaron mayormente en los ríos muertos o “madejales”. Se trata de brazos del río Salado que se desprendían del mismo para ingresar al Chaco Gualámba y recorrían grandes cantidades de leguas hasta desaparecer. De hecho, es común encontrarse con restos de “madejales” en distintos lugares de la zona y su presencia resulta para los locales un elemento indispensable para ubicarse en espacios montaraces.

Entre los lugareños impera la creencia de que estos ríos fueron secados por distintos poderes como el gobierno o los curas, dependiendo de quién narre el acontecimiento, generando que los “indios” despoblaran por completo esos lugares que se convirtieron en “desiertos”.

En segundo lugar, del fragmento anterior se destaca la figura de Camilo Gallo como un personaje que fusiona rasgos propios de una aristocracia estanciera (el hecho de tener grandes cantidades de hacienda es un diacrítico que implica estatus económico alto en el mundo local), blanca y de origen español, con los rasgos diacríticos del “baquiano” con el que la mayoría de los pobladores actuales se identifica de un modo u otro. Estos dos elementos actualmente sólo se fusionan en la memoria local cuando se narran historias de Antonino Taboada, “caudillo” que es a la vez héroe provincial y feroz patrón. Camilo Gallo, como “criollo” hispánico, aparece en esta y otras memorias locales, escritas y orales como un aliado del General Taboada, quien habría fundado una estancia en el actual Campo Gallo para nutrir con mulares a la Guardia de Fronteras.

La blanquitud de Camilo Gallo se refuerza, además, por la referencia a la no contaminación de sangre indígena, cuestión que vuelve una y otra vez conjurando el corte:

Herederos de una cultura romana, mezclada con la árabe luego de ochocientos años de presencia en la península ibérica, por las largas distancias y la precariedad de los caminos, casi no existía movilidad social, lo que determinaba que la mayoría de las familias emparentaran por la práctica de matrimonios endogámicos (ídem: 33).

La discontinuidad que establece este texto es clara y tajante, los españoles son producto de un largo proceso de mestizaje con los árabes –un posible guiño para la comunidad sirio-libanesa- pero de ningún modo estos criollos, hijos de europeos, se han emparentado con indígenas, llegando incluso al límite de la endogamia. No hay siquiera posibilidad para el mestizaje con el indio, sino una dualidad mortal e insalvable.

En la misma línea que el texto de Risso Patrón, una memoria del poblamiento solicitada por Alba Lía Colucci a la Municipalidad, le entregaron una memoria anónima que señalaba:

Estas tierras estaban habitadas por Guaycurues de los grupos Tobas y Mocovíes, llamados Montoneros del Bosque (...) los primeros blancos en llegar a estas tierras fueron los integrantes de la Expedición del Chaco en 1885, al mando del Coronel Barros. Bajo el gobierno de los Taboada, el general Antonino Taboada, Comandante de Fronteras, animó a los pobladores del Salado a intentar una avanzada hacia el Este y conquistar tierras con pasturas naturales que permitieran incrementar la hacienda. Así, don Juan Camilo Gallo al frente de la empresa (...) llegó a esta parte del Chaco Gualamba y tomó posesión de lo que en adelante se llamaría Campo Gallo (Lía Colucci 2012: 136).

Al igual que la memoria de Risso Patrón, la recogida por Colucci de la Municipalidad muestra una ruptura, una discontinuidad con el pasado indígena. Los primeros blancos en llegar a esta zona, siguiendo el relato recogido por esta autora, fueron los de la Expedición al Chaco de 1885 a cargo del Coronel Barros. En efecto, el Coronel Barros fue un militar que tuvo a su cargo la avanzada del Ejército en la frontera del río Salado en Santiago del Estero, en el contexto de Expedición comandada por Victorica (1885) entre 1884 y 1885. En un primer momento el “desierto” habría estado habitado por grupos Guaycurúes y luego de la intervención militar de Barros desaparecen del mapa, en otras palabras, en la memoria se encuentra elidido, pero implícitamente sugerido un proceso de exterminio en manos de las fuerzas nacionales. A estos primeros “blancos” que llegaron al interior del desierto, le siguieron hacendados del río Salado, quienes a partir del incentivo del General Taboada para conquistar esas tierras que anteriormente pertenecían a Tobas y Mocovés, migraron al Chaco para “tomar posesión” de espacios con pasturas.

Considero que, con diferentes grados de sistematización, las formas de imaginación histórica que transmiten estos escritos se construyen a través de una lógica histórica naturalizada que tiende a generar discontinuidades con posibles filiaciones indígenas.

4. Los motivos detrás de escena

Una *doxa* local hispánica difunde una visión étnicamente incontaminada de un “criollo” blanco y baquiano que, a través de su valentía y destreza, vino a fundar la patria ejerciendo soberanía sobre un territorio dominado por la naturaleza, un “desierto”. Existen muchos motivos por los cuales la relación con un pasado indígena necesita ser denegada.

En primer lugar, este discurso constituye una forma de conciliación o alineamiento no conflictivo con el imaginario nacional creado a fines del siglo XIX según el cual Argentina era un país conformado por inmigrantes europeos.

En segundo lugar, existen las condiciones históricas que hacen posible la aparición de un libro (el primer libro dedicado exclusivamente a la historia de Campo Gallo) con las características Campo Gallo en el desierto verde (2012), que se configura como una forma de imaginación histórica híper-coherente y objetivada del criollismo hispanista y la épica del desierto.

Toda forma de imaginación histórica tiene que ser leída en el presente donde se inserta. Son interlocutores y antagonistas contemporáneos con quienes y contra quienes se elabora una perspectiva presente sobre el pasado y la identidad. En el espacio social y más específicamente en el campo del poder político, su autor, Riso Patrón ocupaba una posición definida: Desde el año 2009 al 2018 fue concejal por la UCR y formaba parte de la oposición al gobierno municipal detentado –en base a elecciones abiertas– por el Peronismo de Base. Y fue a través de la red partidaria de la que formaba parte que consiguió fondos para llevar a cabo el proceso de investigación, redacción del libro y publicación de mil ejemplares. De hecho, a través de gestiones de un diputado provincial de la zona el libro fue declarado de “Interés Legislativo, Cultural y Provincial” por la Honorable Cámara de Diputados de la Provincia de Santiago del Estero”, el diez de julio de 2012.

Según el autor, la idea de publicar este libro tenía como objetivo impugnar las pretensiones del comisionado municipal y el peronismo local de imponer como fecha de nacimiento del pueblo el día del natalicio de Carlos Arturo Juárez. Juárez fue el líder más importante del peronismo santiagueño entre 1945 y 2005, año en que se dio una Intervención Federal en base a un amplio conjunto de pruebas que respaldaban las denuncias realizadas por movimientos sociales, partidos políticos y ONGs respecto a casos de corrupción y violaciones sistemáticas de los DDHH en la provincia de Santiago del Estero (Schnyder, 2013). Sin embargo, existía otro elemento que Riso Patrón y el radicalismo local querían impugnar.

En efecto, desde comienzo del nuevo milenio, los conflictos territoriales adquirieron cada vez mayor sistematicidad. Tal circunstancia se debía a que la población rural del Departamento Alberdi carecía de títulos de propiedad de sus tierras y dicha posesión precaria en la tenencia posibilitó estrategias legales por partes de empresarios locales y foráneos para despojar a las comunidades de sus espacios vitales. Tal circunstancia, se inscribía en un proceso de mayor envergadura por el cuál estas tierras históricamente marginales para los mercados se convirtieron en lugares aptos para el agro negocio sojero y ganadero.

La agudización de los conflictos llevó a la organización política de diferentes familias de la zona y a la gestación de una nueva central del Movimiento Campesino de Santiago del Estero-Vía Campesina. Bajo los lineamientos de este movimiento agrario popular, comenzaron a desarrollarse diferentes estrategias legales y políticas para la defensa territorial e incluso la recuperación de tierras acaparadas por empresarios. En este contexto, la sanción de la ley 26. 101 de emergencia territorial, por la cual se paralizaba los desalojos en territorios reconocidos como indígenas, abrió una ocasión para que un gran número familias descendientes de indígenas y etnias locales se reconocieran como tales. Así, comenzaron los reconocimientos como miembros de la comunidad Lulevilela y, con ello, se dieron procesos de reemergencias de etnias indígenas consideradas “extintas desde la colonia” por parte del relato provincial y municipal hegemónico.

Así, apropiarse del discurso criollo-hispánico y discontinuar cualquier tipo de influencia indígena resulta una estrategia discursiva, una toma de posición en el contexto de disputas territoriales, para deslegitimar las estrategias del MOCASE-VC basadas en el reconocimiento indígena. Esto aparece de modo más explícito en un párrafo específico donde señala lo siguiente: